



**Diálogos y memorias en contextos subalternos.
Algunos acercamientos a memorias disidentes en un
caserío rural de San Vicente del Caguán, Caquetá**

María Eugenia González Vélez

Antropóloga y Estudiante Maestría en Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia. Integrante Grupo de Investigación *Cultura, Violencia y Territorio* INER-Universidad de Antioquia.

Correo electrónico: maregonzalezvel@unal.edu.co

Resumen

Este artículo fue construido a partir de algunas notas de diario de campo realizadas en algunas investigaciones en zona rural de San Vicente del Caguán (Caquetá) desde el año 2008 hasta el presente; me han generado en torno al tema de la memoria colectiva, la memoria hegemónica y la construcción de comunidad en espacios de periferia política. Más que un debate teórico, en este texto muestro a manera de crónica mezclada con relatos de los habitantes de la región, cómo los espacios, el conflicto armado y algunas historias locales divergen de las noticias e historias narradas desde una centralidad de poder político y mediático. Así, describo el panorama de un viaje a la región a través de mi vivencia subjetiva de los lugares, y a través de diálogos con habitantes rurales del caserío “Las Brisas” doy cuenta de la construcción social de una historia local compartida por sus pobladores, relatos donde el conflicto armado y los diálogos de paz entre el gobierno del presidente Andrés Pastrana y la guerrilla de las FARC marcan un antes y un después histórico, donde el conflicto es un hilo conductor de la memoria local y donde la memoria local se convierte en un espacio de resistencia ante la Historia (con mayúscula) que se cuenta desde “el centro”.

Palabras clave: San Vicente del Caguán; memoria; resistencia; diálogos de paz; conflicto armado.

Diálogos y memorias en contextos subalternos. Algunos acercamientos a memorias disidentes en un caserío rural de San Vicente del Caguán, Caquetá*

El presente texto da cuenta de algunas inquietudes sobre memorias en zonas de conflicto armado y de reciente colonización. Una parte la presento a manera de bitácora de viaje a la región de San Vicente del Caguán (Caquetá) y algunos de sus caseríos rurales, donde a través de algunas investigaciones iniciadas desde el año 2008, la confianza que he logrado tejer con algunos habitantes y los recorridos por ciertos espacios en los que he podido transitar en variadas ocasiones, he logrado develarme como un sujeto que recuerda sucesos, presencias y ausencias, que nutridas con algunas conversaciones con personas locales, nutren algunas de las percepciones e interrogantes que enunció en el transcurso del relato, y que abren el panorama para futuras indagaciones sobre los espacios y su construcción social, las memorias subalternas, en disputa y la Historia (con mayúscula) que se construye desde un centro de poder académico y político, que generalmente se aleja de las miradas locales y de las memorias de los pobladores que, en sus vivencias y narraciones dan cuenta de otras historias, si se quiere distintas, en disputa, memorias disidentes a la memoria oficial.

En un primer momento denominado: “Algunos apuntes del diario de campo a manera de introducción al caserío de “Las Brisas”, enunció parte de las experiencias acontecidas para llegar a la región y cómo las percepciones y los espacios me permiten observar parte del conflicto armado vivido en la región; en un apartado posterior denominado: “Narrativas y memorias disidentes”, narro algunos relatos de los pobladores del caserío “Las Brisas”, lugar que vivió de manera particular la historia reciente de los diálogos de paz entre la guerrilla de las FARC y el gobierno de Andrés Pastrana, y donde de manera recurrente los diálogos de paz transversalizan los relatos comunitarios, constituyéndose en un proceso que marca los relatos y las maneras de los habitantes de concebir sus espacios y temporalidades en torno a un suceso de carácter nacional que los visibilizó -para mal o para bien- según señalan algunos pobladores, en el panorama nacional. Los nombres de caseríos y de personas que menciono en este texto corresponden a elementos ficticios como una respuesta ante las preocupaciones de varios habitantes el ser evidenciados en sus relatos.

I. Algunos apuntes del diario de campo a manera de introducción al caserío de “Las Brisas”

Un retén permanente del ejército y una carretera en balastro comunican a San Vicente del Caguán con caseríos que han dejado huella en acontecimientos políticos nacionales como los diálogos de paz realizados entre el gobierno de Andrés Pastrana y la guerrilla de las FARC (1998-2002).

La sensación de familiaridad me invade cuando recorro con cierta frecuencia este sector: el conductor entrega remesas, las caras de quienes viajan en el mixto se tornan familiares

* Gran parte de estas observaciones se hicieron en el marco de la investigación titulada: *Dinámicas de apropiación territorial en los llanos del Yarí (Caquetá). La construcción social de la frontera interna*. Investigación apoyada por el CODI y el Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia en el año 2010. El equipo de investigación estuvo conformado por el sociólogo Nicolás Espinosa, la abogada Erika Ramírez, la antropóloga María Eugenia González y fue dirigida por la docente e investigadora Elsa Blair Trujillo.

-aunque nunca hayamos cruzado palabra-, el mixto y la pericia del conductor esquivan los huecos dejados por la maquinaria y camiones pesados que explotan petróleo en el caserío de Los Pozos, la misma señora atiende en la tienda donde el mixto frecuenta parar dar tiempo a quienes deseen almorzar, entre otros. Sin embargo, esta sensación de familiaridad me lleva a pensar que mi mirada ha normalizado cosas, y que esta misma normalización que me es dada por cierta frecuencia con la que viajé a esta región, me impide ver relieves que en otros momentos veía (mis primeras visitas). Sin embargo, pienso que la sensación de familiaridad me posibilita ver otros relieves dados por los choques con la frecuencia y la no frecuencia a través de lo que recuerdo, es decir, a través de la sensación de familiaridad y extrañamiento por ver o no ver lo que comúnmente había visto en otros viajes.

Desde San Vicente del Caguán y luego de aproximadamente seis horas en un transporte conocido como “mixto” por su labor de transportar desde personas, animales y hasta motos, se llega al caserío conocido popularmente como la “Las Brisas”, un caserío sin fuentes de agua cercana, creado -como muchos caseríos de San Vicente- a partir de momentos de auge extractivos, en particular, el auge de extracción de maderas.

Cual Macondo, don Pedro, un hombre que sobrepasa los setenta años de edad y que conoce este caserío desde antes que pudiera obtener esta denominación, se las arregló con pericia y con malicia indígena que sus rasgos evidencian, para lograr conseguir -según él- la mejor agua de la región. Su método: observar los relieves del terreno, intuir las posibles concentraciones de agua subterránea y tomar sus dos varas metálicas -que lo han acompañado en su trasegar por terrenos poco amables de la Amazonía- una por mano, hasta que sus extremos se encuentren y señalen el punto exacto a escavar. Este método le permitió hallar un nacimiento alejado del caserío y por tanto, lejos de la contaminación de los pozos sépticos que la población tiene como servicios sanitarios.

Sus más de quince años de haberse asentado en la región en busca de un lugar donde trabajar y tener algo propio, le ha llevado a la rutina de atender una pequeña tienda, bombear diariamente el agua y vivir con el diario, pues la época de los auge extractivos es cosa del pasado y la coca que ha sido uno de los últimos auge ya no es tal, debido al control comercial que en épocas de “despeje” tuvo la guerrilla del producto y los programas estatales de erradicación por parte del ejército.

La ausencia de agua potable y de alcantarillado contrasta con la trinchera que a la entrada del caserío hizo el ejército en el único pozo de agua comunitario y que esta vez se encuentra abandonado. “hasta hace poco estaban ahí, quién sabe cuando vuelvan...” son algunos de los comentarios que se escuchan en la tienda de doña Magaly, mientras como un pan relleno de guayaba y una gaseosa antes de encontrar posada en una de las dos residencias que tiene el caserío. Pienso cómo en un caserío con aproximadamente una centena de habitantes y sin mayor atractivo turístico, pueda tener residencias (¿son rentables en esta zona?) y también me pregunto cómo las personas en este lugar conviven con la presencia de los actores armados (ejército y guerrilla) de manera constante en un cruce de soberanías. Dos preguntas un poco distintas, pero que la realidad de la región suscita en tanto violencia y vida cotidiana conviven a tal punto de ser algo “normal” tanto para las personas que allí habitan, como para uno que empieza a naturalizar ciertas presencias y ausencias en cada visita.

Estas dos preguntas rondan mi cabeza e intento darles respuesta: pienso que para algunas personas de la región este caserío continúa siendo -como en antaño- un lugar para de paso. Al quedar en mitad de camino de las cabeceras de los municipios de la Macarena y San Vicente del Caguán (lugares con los que los pobladores mantienen contacto constante ya por la compra de productos que no se encuentran en la región, ya por ser centralidades políticas para realizar trámites administrativos), personas de otras veredas y caseríos lejanos gastan mitad de día para llegar a “Las Brisas” y se quedan donde familiares o en residencias para coger camino al día siguiente, pues transitar en la noche no es conveniente: existen restricciones por parte de la guerrilla y el ejército de transitar luego de las 6 de la tarde en carretera.

Por otro lado, al observar desde la tienda de doña Magaly el caserío, siento que no ha cambiado. Éste parece un lugar abandonado de los que difícilmente cree uno existan en un territorio que político-administrativamente se configura como estado, y que en términos de nación, piensa uno que pocas personas con condiciones necesarias para “vivir bien” decidan establecerse, permanecer y formar una vida allí, tener hijos, nietos, en sectores tan alejados de la centralidad política y en consecuencia, vivir en condiciones de precariedad no sólo en acueducto, sino en salud, educación... sin embargo, la historia de estos habitantes y de este sector rural, es la historia de colonizaciones y violencias repetidas en el tiempo que ha perpetuado para algunos sectores sociales las zonas de frontera como única posibilidad de tener, pese a las dificultades, situaciones menos precarias de las que tendrían en otros sectores del país.

El caserío se dispone en torno a una vía principal que lo atraviesa y se bifurca en el centro del poblado para dar paso a un pequeño parque con juegos infantiles y a dos vías: una con destino a La Macarena y otra con destino a La Cristalina. Este caserío posee un cementerio a orilla de camino, que no está delimitado y donde los dolientes de los cuatro cuerpos que lo habitan recuerdan el lugar donde yacen sus familiares más por la memoria que por la presencia de lápidas o cruces que lo demarquen; un colegio, más de tres canchas deportivas -aunque ameritadas para el tiempo de ocio no para el número de población ni afición a los deportes- ; y un puesto de salud construido en tablas de madera -como la mayoría de las casas-, donde atiende un enfermero amable que se las ingenia para atender diversa gravedad de casos en momentos donde la población no puede acceder a centros poblados cercanos.

El parque, como otros parques que he conocido en la región tiene algo particular: la decoración de árboles, sillas, juegos y demás componentes con el tricolor de la bandera nacional. Específicamente, esta imagen me hace recordar años antes mi visita al parque principal del municipio de la Macarena, aunque con algunas diferencias marcadas: el parque de la Macarena conserva una disposición del espacio bajo el orden de cuadrículas y se encuentra ubicado frente la iglesia, contrario al ordenamiento del espacio de “Las Brisas”, donde la vía principal fue el parámetro para la construcción de viviendas, la cuadrícula una de varias formas de disponer el espacio y las creencias religiosas de sus pobladores estuvieron ausentes en la estructuración del centro ni de algún extremo del poblado.

Sin embargo, más allá de divagar sobre la conformación del espacio y los gustos de los pobladores, el comentario de doña Magaly esclareció parte de mis dudas sobre los parques en este sector, sobre esas zonas públicas de constante transitar, de congregación, de gran

visibilidad: “este parque lo arregló hace poco Acción Social”, y en este sentido, los colores más allá de ser llamativos a la vista por ser primarios, presentan todo un simbolismo en especial en esta región que ha sido territorio histórico de las FARC y blanco de diversos planes militares como el Plan Colombia, el Plan Patriota y en la actualidad el Plan Consolidación,¹ un mensaje en términos de la oficialidad de “aquí no se construye una nueva Colombia, se construye la misma” aunque pienso que para los pobladores de estos sectores, y su precaria vinculación histórica a la centralidad estatal, la misma Colombia debe ser algo novedosa.

II. Narrativas, memorias disidentes

Algunas de estas percepciones sobre los espacios, me permiten ver el territorio como un campo en disputa, de lucha, entre diversas nociones de territorio y territorialidades que por momentos se imponen en el espacio a través de sus marcas. Trincheras y retenes del ejército se conjugan con las viviendas construidas en madera por las comunidades, las carreteras destapadas, el discurso estatal de su presencia en la región, y la presencia de la guerrilla, manifiesta a través de vallas en carretera que hablan de las prohibiciones de tránsito luego de las seis de la tarde, hacen de este sector un lugar representativo de las soberanías en disputa.²

Similar a este espacio, se encuentra el espacio social construido, la memoria social que sustenta diversas vivencias y que varía radicalmente de las versiones que desde otros espacios de poder se han realizado sobre acontecimientos nacionales y sobre esta misma región, caracterizada desde la centralidad política como una zona en guerra donde sus habitantes habitualmente son asociados bajo este imaginario como insurgentes. En este sentido, desde la escala local, existen narraciones y memorias que se contraponen a las historias hegemónicas, entendidas como memorias sociales domesticadas, utilizadas ampliamente como herramienta estatal para la construcción de procesos de identidad nacional.³

Un ejemplo de esto, son las construcciones a nivel nacional en torno a uno de los sucesos nacionales de mayor importancia en relación a los acercamientos entre gobierno y guerrilla: los diálogos de paz entre la guerrilla de las FARC y el gobierno de Andrés Pastrana realizados en la región. Lo que para el gobierno y medios de comunicación ha sido catalogado como un fracaso, una burla por parte de las FARC, entre otros, tiene un significado distinto para las poblaciones locales que a través de sus narrativas enuncian este proceso como un elemento importante sin el cual no se puede entender su historia, ya porque representa un suceso que marcó un antes y un después en la vida de la

¹ El Plan Consolidación Sostenible en Colombia se oficializó como propuesta el 20 de Mayo del 2009 por parte del entonces presidente Álvaro Uribe Vélez y es definido institucionalmente como “ un proceso coordinado, progresivo e irreversible, por medio del cual se busca afianzar la articulación de los esfuerzos estatales para garantizar de manera sostenible un ambiente de seguridad y paz que permita el fortalecimiento de las instituciones democráticas, en beneficio del libre ejercicio de los derechos ciudadanos y de la generación de condiciones para su desarrollo humano.” Inicialmente su acción se concentra en 15 zonas del país seleccionadas por presentar: alta ausencia estatal, violaciones de Derechos Humanos, infracciones al DIH, presencia de cultivos ilícitos y amenaza terrorista. Entre estas zonas se encuentra La Macarena y el sector del Río Caguán. (Acción Social, 2010).

² Uribe (2000).

³ Gnecco (2000).

comunidad, ya porque fue un suceso que permitió a la región visibilizarse a nivel nacional.

A continuación, enuncio a través de una historicidad presente en algunos relatos de pobladores de la región, a los que accedí a través de la etnografía como una manera de reflexionar y acercarme a otras realidades, entrevistas no estandarizadas y charlas desprevenidas, algunas temporalidades comunes a varios relatos; que se configuran como formas particulares que los habitantes han construido su historia por medio de las memorias, en términos de Maurice Halbwachs, memorias colectivas, donde ciertos sucesos se mantienen vivos en el recuerdo a través de la vigencia que tiene para un grupo social específico.⁴ En este sentido, tomo estas temporalidades para dar cuenta de algunos referentes históricos locales y continúo con algunos relatos denominados: a) “Este pueblo en los inicios era un camino grande pa’ los planchones, una zona de paso...”, donde evidencio los momentos iniciales de construcción del caserío de “Las Brisas”, y la presencia de la mafia en el sector; posteriormente en el apartado denominado “b) Inicios de auge... llegan los del Monte”, narro el momento en que la guerrilla entra en el caserío, se consolida en la región y cómo se vivió la época de despeje en este lugar; Luego en el apartado denominado “c) Después de los diálogos”, doy cuenta de algunas consecuencias padecidas por la población luego de la ruptura de las negociaciones entre las FARC y el gobierno, y posteriormente en el apartado denominado “d) Los aguantonos (el nuevo impulso)” hablo de las percepciones que algunos habitantes tiene en torno a sus vecinos y a los procesos que actualmente se llevan a cabo en la zona. Finalmente dejo unos interrogantes abiertos, pertinentes para futuras investigaciones en la región.

a) “Este pueblo en los inicios era un camino grande pa’ los planchones, una zona de paso...”

En la Amazonía occidental, los acentos de la población son tan diversos que uno logra identificar: acento paisa, costeño, caleño, opita, acento del Meta (un acento más golpeado) entre otros, mezclados entre sí, tanto que no es posible hablar de un acento propio de la región, sino de un acento diverso, producto de la mezcla. Esto se debe a que esta región al haber sido en diversos momentos paradisiaca para población en busca de procesos de colonización y extracción, ha sido receptora de amplia gama de personas de diversos sectores del país, que por pobreza, violencia o una conjugación de ambas, migraron a esta región en busca de nuevas opciones de vida.

Esta mezcla caracteriza al caserío de “Las Brisas”. Aunque en la región occidental de la Amazonía gran parte de estos procesos migratorios se dieron a inicios del siglo XX con el auge del Caucho, en los cincuenta en el momento de la violencia, en los años setenta con la extracción de pieles, en los ochenta con el auge de la coca, el sector donde hoy es “Las Brisas” fue una frontera de colonización que vino a romperse a inicios de los años noventa, es un caserío hijo de la explotación maderera y comparte con otros caseríos rurales de San Vicente del Caguán la característica de haber sido iniciado en momentos de auges extractivos.

Algunos habitantes comentan que este pueblo surgió “de rapidez”, de un momento a otro y en sus inicios sin la intención de construir un caserío sino una fonda como una opción económica de doña Rosalba -habitante de un caserío cercano en aquel entonces y de la

⁴ Halbwachs, 1969/1995: 216.

cual pocos recuerdan su apellido- para aprovechar la venta de tintos y refrescos a trabajadores y transportadores que pasaban en planchones por la trocha abierta específicamente para transportar la madera de carrecillo que a finales de los ochenta y principios de los noventa fue el auge de la región, hasta el momento en que grandes extensiones de bosque se extrajeron y la guerrilla de las FARC controló la explotación a mitad de los noventa. Posteriormente, familias fueron llegando, asentándose y transformando el lugar donde “antes no había nada”.

Al igual que doña Rosalba, don Emilio González llegó a la región en busca de opciones económicas. vivió gran parte de su vida en el municipio de Muzo (límite entre los municipios de Cundinamarca y Boyacá), llegó por primera vez a Caquetá por comentarios de un sobrino que le habló de que la tierra era buena y entonces se asentó en el municipio de Rionegro con el objetivo de conseguir tierra propia y no vivir de jornalear. Sin embargo, no encontró terreno baldío y en su afán de fundar decidió seguir el eco de los auges extractivos y aprovechar la entrada de planchones que en el verano se insertaban a la Macarena y selvas aledañas a explotar maderas. En el proceso de conocer este sector de San Vicente, se asentó con su familia en el caserío de La Sombra, cuando todavía no era conocido por este nombre sino llamado “Corabastos” pues era un punto importante donde población asentada en estos sectores salía a hacer la remesa. Un día tuvo la oportunidad de saber que la tierra de ese caserío hasta las Sabanas (lo que hoy es la Macarena) pertenecía a tres señores y en vista que el interés de éstos no estaba puesto en la tierra sino en la madera, habló con Rosendo Reyes, uno de ellos para que le diera cincuenta hectáreas para asentarse con su familia.

Cuando llegó con su familia no entraron por la vía que hoy atraviesa el caserío de “Las Brisas”, sino por una antigua vía cercana. En ese entonces no había Junta de Acción Comunal, ni guerrilla, pero en la sabana se encontraban los que en ese tiempo eran conocidos como “la mafia del llano”, hoy nombrados por algunos pobladores como “los paracos” que se encontraban en el antiguo Recreo. La leyenda que rondaba por el incipiente caserío era que quien entrara más allá del Recreo, por los lados del río Tunia – lugar donde los mafiosos tenían el control de la hacienda Tranquilandia⁵ no volvía a salir. Consecuencia de esto, recuerda don Emilio: “una vez se fue una familia con dos perros y una gallina fina y no se volvió a saber de ellos”⁶.

En ese entonces, habían fronteras territoriales demarcadas en el sector no sólo por los espacios de asentamiento de la población sino por fronteras infundadas a partir del temor y el rumor de cruzar la zona conocida como La Sabana, donde “quien entraba no salía”. Poco se veía a la “mafia del llano” rondar por “Las Brisas”, esporádicamente se les veía de cuando en vez fines de semana en La Sombra tomando licor.

⁵ La población del sector reconoce dos Recreos: un Recreo “nuevo” que es un caserío cercano a Playa Rica, y un Recreo “Viejo” que con el tiempo fue reconocido como Tranquilandia, el mayor laboratorio de producción de cocaína a nivel nacional a manos del cartel de Medellín. El Recreo antiguo corresponde a su vez con una de las cuatro pistas aéreas ubicadas en zona rural de San Vicente: Candilejas, Caquetania, El Recreo y Yaguará II. En momentos en que el sector rural presentaba aún más dificultades de comunicación que las que presentan actualmente, la población rural se valía de estas pistas y de aviones de Satena que periódicamente aterrizaban en ellas para obtener remesa y productos de no producción local, sacar productos para la venta y transportarse.

⁶ Testimonio 7. San Vicente del Caguán. 2010.

Sin embargo, en momentos en que el caserío comenzaba a consolidarse a partir de la fundación de la Junta de Acción Comunal, la medición de terrenos y la repartición de los mismos a familias que se acercaban en busca de “la tierra prometida”, la ausencia de poderes fue suplida por algunos habitantes en estas personas (La Mafia del Llano), que a partir del monopolio de la fuerza dirimían de cuando en vez conflictos. Estas prácticas culminaron con la expulsión de la mafia del llano por parte de la guerrilla de las FARC a inicios de los años noventa y su posterior consolidación en la región.

b) Inicios de auge... llegan los del Monte

Los diálogos de paz en la comunidad son recordados como un proceso no consultado por parte del estado y que les tocó asumir sin saber a ciencia cierta qué significaría este hecho a largo plazo. “Aquí en época de despeje vivió Mono Jojoy, también vivió Marulanda”⁷, son algunos de los referentes locales de esos diálogos de paz que en discursos estatales se cuentan como un fracaso político, pero que en términos de comunidad, les permitió a los habitantes del caserío y de la región acceder a un “auge” dado en el momento de zona de distensión por medio de infraestructura, una economía próspera, un acceso a muchos de los sueños que pobladores habían tenido a la hora de asentarse en la región: trabajo, tierra y comida.

La presencia de la guerrilla según las narrativas de algunos de sus pobladores, marca un periodo histórico local importante, que va desde la llegada de la guerrilla, los momentos de diálogos de paz y el momento de culminación de los mismos en el 2002.

Este periodo inicia con la entrada de la guerrilla al caserío. Según relatos, entra posterior a la lucha con los paramilitares en la sabana, a quienes desterraron del sector y lograron paulatinamente ir consolidándose en la región. Sin embargo, esta consolidación tomó tiempo y llegó en diferentes momentos a los caseríos que a inicios de los noventa se empezaban a fundar en este sector.

Recuerdan algunos de los habitantes de “Las Brisas” que la guerrilla estuvo primero en municipios como Cartagena del Chairá, la Macarena y posteriormente llegaron al caserío. Su presencia, en términos de necesidad de movilidad y apertura de caminos, favoreció a la población que hasta ese momento contaba con algunos caminos realizados a partir de los procesos extractivos de madera, más que las necesidades de la población que iba llegando a asentarse. Además de ser un referente –en ausencia de estado- de poder entre la población, que era cohesionada para realizar trabajos de construcción de vías, se posicionaron como una instancia de resolución de conflictos en un momento en que la Junta de Acción comunal sólo se unía para la construcción de la escuela y la petición de profesores para la misma.

Posteriormente, la Junta de Acción Comunal fue asumiendo diversos liderazgos en la región y consolidándose como una instancia local de resolución de conflictos, un espacio para buscar diversos beneficios comunitarios con los poderes estatales, como infraestructura, centros de salud, entre otros... una instancia de mediación entre la comunidad y los diversos poderes locales que han estado presentes en la región (llámense ejército, llámense guerrilla) logrando posicionar a la comunidad como un ente no pasivo

⁷ Testimonio 10. San Vicente del Caguán. 2010.

en términos políticos. Uno de los sucesos que demuestran esto, es la necesidad que la misma comunidad ve de poder acceder a mecanismos como el voto para seleccionar a sus representantes políticos a nivel nacional y local. En otros momentos, la guerrilla en la región prohibió a los habitantes acceder al derecho al voto, sucesos como la masacre de la Unión Patriótica décadas atrás, dejó el sinsabor de la política en muchos líderes en la región. Sin embargo, hoy antiguos y nuevos líderes, pese a los riesgos que sumen por la estigmatización de la población en San Vicente, ven en la política una de las pocas opciones que tienen para ser visibilizados por el estado y mejorar las condiciones de vida locales. En este sentido, la presión de líderes ante la restricción del voto en la región, logró el respeto por parte de la guerrilla de la participación comunitaria en los dos últimos comicios electorales.

Por otro lado, a partir de la Junta de Acción comunal logran reclamar sus derechos como ciudadanos, controlar a veces las posturas intransigentes del ejército que en contra de todos los principios que protegen a los civiles en un contexto de conflicto armado – aunque no declarado por el estado colombiano- impiden que se establezcan dentro o cerca de viviendas o centros educativos, por el peligro inminente que corre la población en caso de un enfrentamiento armado.

En términos políticos, la Junta de Acción Comunal ha permitido empoderarse en ciertos ámbitos a la población, también los momentos de auge económico en la región han posibilitado unas garantías económicas que han hecho que la población pueda tener referentes de un mejor vivir y condiciones en infraestructura para mantenerse.

En este sentido, aunque pueda sonar contradictorio, los diálogos de paz entre gobierno y guerrilla y en especial la zona de despeje que ha sido un tanto satanizada y criticada por no haber logrado los objetivos que se planteaba en términos políticos para el estado, para algunos habitantes, pese a los momentos de conflicto que trajo al culminarse, los habitantes antiguos de “Las Brisas” recuerdan que su caserío en ese momento era igualado al paraíso, fue un momento que les permitió a muchos consolidar algunos de los sueños que habían tenido a la hora de llegar a este sector del territorio nacional.

¿Por qué en momento de zona de despeje fue un paraíso? Porque en ese momento se realizaron un gran número de carreteras, había trabajo para todo el mundo, no había escasez de comida, la guerrilla daba empleo a la gente para que arreglaran cercas, hicieran mantenimiento a vías, recoger huevos, entre otros. Y en términos de un habitante del sector: “uno estaba acostumbrado a que si en la casa tenía arroz, faltaba el azúcar, pero en ese momento todo era abundancia”⁸.

Por otro lado, el periodo de los diálogos fue así mismo, un periodo donde hubo auge económico a partir del comercio de la coca. En algunos sectores como Cartagena del Chairá, la coca fue un producto que estuvo como moneda de cambio, se podía comprar a partir de gramos de coca pues el comercio era algo abierto. Posteriormente, la guerrilla entró a mediar en este proceso y se estableció como intermediario para la compra y venta del producto. Sin embargo, para los habitantes de “Las Brisas”, los beneficios de este comercio fueron más por la abundancia que se podía conseguir en la región como producto de estas transacciones, que porque el caserío haya sido un lugar de producción,

⁸ Testimonio 7. San Vicente del Caguán. Junio de 2010.

en este sentido, “Las brisas” que en sus inicios fue una zona de paso, se consolidó en la región como una zona comercial más no de producción.

Ser una zona comercial les permitió ser una centralidad, “ser un pueblo chiquito” porque no debían desplazarse tanto hacia otras cabeceras como San Vicente o la Macarena para asuntos pequeños como arreglos de herramientas de trabajo, de guadañas, de transporte, pues en el caserío la guerrilla tenía un taller donde la maquinaria pesada que se había conseguido para arreglar caminos se guardaba y quienes necesitaran servicios mecánicos tenían materiales y herramientas a su disposición.

Y así, como el momento en que el caserío fuera parte de la zona de distensión no fue consultado, tampoco fue consultado el momento de finalización de los diálogos, donde gran parte de la población se enteró de la decisión del gobierno porque muchas de las pertenencias que la guerrilla tenía como camas, ventiladores y demás fueron entregados a la población y en la radio se anunciaba la culminación de la zona de despeje, pero nadie en el caserío sabía a ciencia cierta qué significaba esto ni las consecuencias que traería a la región y específicamente al caserío.

b) Después de los diálogos

La culminación de la zona de distensión se dio a conocer por la radio y por los diversos movimientos de la guerrilla en la región. De un día para otro la guerrilla regaló desde ventiladores hasta mesas a algunos habitantes, recogieron pertenencias y salieron del caserío. Posteriormente los bombardeos fueron pan de cada día en la región, hasta que dos años después entró el ejército al caserío.

Su entrada denotaba una actitud violenta hacia la población, que luego de convivir con la guerrilla por más de dos años como único agente de poder, fueron vistos ante los ojos del estado -que en otro momento les impuso el despeje en sus territorios- como colaboradores de la guerrilla, como guerrilleros y conforme a estas identidades han actuado con la población, como comentó un habitante “por acá el comentarios es que después del despeje todos somos guerrilleros, mentiras, somos gente que solo sabemos trabajar”⁹.

Los bombardeos acabaron con el taller en el cual la comunidad se abastecía de herramientas y con las máquinas para el arreglo y construcción de caminos. “Ahora si usted saca una guadaña para hacerla arreglar en San Vicente, el mismo ejército se la desbarata porque piensan que dentro puede haber una bomba” comenta un habitante del caserío. El auge que se había dado con el periodo del despeje se acabó de manera tajante, al igual que la “comida, trabajos, proyectos a futuro, pues antes el que no trabajaba era flojo o estaba enfermo... ahora todo es muy diferente”¹⁰.

El ejército a su vez rompió con una dinámica social que la guerrilla había establecido en términos políticos con la comunidad en tanto único poder local en la región, periódicamente la guerrilla hacía reuniones con la población en las que se ponía como temas los asuntos de la comunidad, los arreglos que se debían hacer en el caserío, se dirimían los conflictos entre sus habitantes. Sin embargo, el ejército como única institución estatal que ingresó posteriormente a la región, no tuvo contacto diferente con

⁹ Testimonio 3. San Vicente del Caguán. Diciembre de 2009.

¹⁰ Testimonio 7. San Vicente del Caguán. Junio de 2010.

la población que el contacto militar, ninguna reunión hicieron con la comunidad, “llegaron la región como un ejército invasor que veía en los habitantes potenciales enemigos”¹¹.

Las personas empezaron –y con obvias razones- a tener miedo, miedo que hizo que gran población huyera de la región, pues era tildada como potencial colaborador de la guerrilla por el simple hecho de poseer un negocio y haberle vendido una gaseosa a un guerrillero, haberle dado un vaso con agua, o haber aceptado materiales para realizar construcciones como la escuela. Por otro lado, esta situación tiene una doble cara, la población teme a su vez que algún acercamiento al ejército pueda generar acusaciones en torno a simpatías con el ejército por parte de la guerrilla.

c) Los aguantones (el nuevo impulso)

En el caso de la región del Yará, si una persona desea vivir en uno de sus caseríos, el historial “crediticio” es avalado por la Junta de Acción Comunal, es decir, la Junta a través de una carta se encarga de certificar que una persona es trabajadora, y certificar eso, implica ser una persona de bien para la comunidad, que no tiene ninguna deuda con algún vecino o la Junta de la que proviene y en resumidas cuentas, una persona en la que se puede confiar. Estas características son un primer cedazo de selección, cedazo exigido por la comunidad a través de las JAC y que habla a su vez de un ideal de comunidad y de la creación de fronteras territoriales comunitarias sustentadas en normativas locales, en una visión del derecho alejada de la visión clásica que asume el derecho únicamente como aquel que proviene del sistema jurídico estatal.

Bajo estos parámetros de selección, diversas cartas han llegado con nueva población que ha querido asentarse en el caserío. “El caserío tiene nuevo impulso, repoblado con más nuevos que viejos, los nuevos entran con otras cosas, los viejos llegan resabiados, en estos momento estamos viviendo un cambio” comenta un poblador. En este sentido, el ingreso de nueva población ha generado la creación local de categorías: Los viejos, los nuevos, los aguantones.

Los viejos corresponden a la población que ha estado en la región, pero que no necesariamente ha permanecido en la misma, pues algunos relatos cuentan como población ha salido del caserío por algunas temporadas –en especial luego de que cesaron los diálogos- y retornaron luego de probar suerte en otros lados; “los nuevos” corresponden a la población que ha ingresado en los últimos años, población que no vivió la zona de despeje como habitante del caserío y que cumplen otras características a parte del certificado de la Junta de Acción Comunal: la comunidad prefiere que quienes se asienten sean personas de perfil campesino, que sean sociables y “que sepan manejar la tradición de la zona, es decir, que aquí existe conflicto” pues al fin de cuentas, es también una medida de protegerse ante el mismo, en términos de un habitante de la región “el plomo no va contra usted si usted no se sale de los parámetros de esta zona”. Y finalmente “Los aguantones” “los que sostienen el pueblo”, categoría que congrega a las personas que han permanecido en el caserío posterior a los diálogos de paz y le siguen apostando a la construcción de comunidad en medio de la ausencia de auges en la región y del conflicto armado.

¹¹ Testimonio 4. San Vicente del Caguán. Junio de 2010.

Ante la pregunta ¿por qué permanece en la zona? Don Luis, uno de “los aguantones” respondió: “¿cómo voy a dejar la tierra tirada? Esto es lo que he conseguido y lo que tengo”.

A manera de reflexiones sobre la reconstrucción de algunos relatos históricos en torno al caserío de “Las Brisas”, y las pocas posibilidades de enunciación que sus memorias por estar y pertenecer a contextos no integrados a una centralidad nacional presentan, me posibilita pensar a manera de hipótesis, en las narrativas de los pobladores y los sucesos locales compartidos entre ellos como “dignos para recordar” como una posibilidad no sólo de mantener viva la memoria sino de reivindicar sus memorias colectivas, sus memorias subalternas como herramientas políticas de resistencia y dignidad, ante la existencia de historias de centro que pretenden homogeneizar las vivencias en el territorio nacional y crear metarelatos de unidad nacional.

¿Qué se recuerda y que se mantiene en la memoria de una población como relatos configuradores y configurantes de historias locales? ¿Qué de los hechos violentos se cotidianizan y qué hechos marcan diferencia en la vida diaria en términos de violencia? Son algunos interrogantes pertinentes para reflexionar sobre el conflicto armado y las narrativas locales como mecanismos para mantener vivas esas otras historias que en estos sectores del país están construyendo memoria.

Referencias Bibliográficas

Acción Social. 2010. Reporte Ejecutivo del Plan Nacional de Consolidación. En red: http://www.accionsocial.gov.co/documentos/Reporte_Eject_PNC_2010_Vf.pdf

Gnecco, Cristóbal (2000). *Historias hegemónicas, historias disidentes: La domesticación política de la memoria social*. En: Memorias hegemónicas, memorias disidentes. El pasado como política de la historia. Zambrano, Marta; Gnecco, Cristóbal (Editores). Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Bogotá.

Halbwachs, Maurice (1969/ 1995). *Memoria Colectiva y Memoria Histórica*. En: Revista Española de Investigación Sociológica REIS, N° 69. Enero- Marzo. España.

Uribe, María Teresa (2000). *Notas para la Conceptualización del Desplazamiento Forzado en Colombia*. En: Estudios Políticos. N° 17. Julio-Diciembre. Medellín.